



ENRIQUE GONZALEZ BOJO
CUADERNO DE BUEN AMOR

ENRIQUE GONZALEZ ROJO

CUADERNO DE BUEN AMOR

I

Alzando el universo con las manos
hacia nuestros pronombres, el trabajo
va humanizando el mundo,
le da un sentido, una etiqueta,
lo domestica, lo lleva de la mano,
lo enseña cómo tratar a la gente,
se lo lleva a su casa, duerme con él, le recita poemas,
lo insulta,
lo sacude, le improvisa una boca
para poder besarlo.

La naturaleza es ya una palabra humana,
algo que rueda de nosotros, nuestro vástago,
el trabajo nos injerta a las cosas,
nos hace salir,
con un gesto vegetal, de nuestra corteza de individuos.
Estamos en las puertas, en las ventanas.
Si me citas, puedes encontrarme
en la mesa que tallo,
en el lápiz que me astilla la mano,
en el poema que, al séptimo día de modelarlo,
me obliga a descansar.
Si me citas, puedes encontrarme
en las palabras ésas
que cayeron, palabras que iluminan
el papel de los labios,
los labios de papel.

II

EN LA PIEDRA

Al mundo de lo pétreo,
allí donde lo blando se suicida,
salió el hombre de sí,
se desdobló, fue sorpresa de sus ojos.
Acaso en un rasguño del guijarro,
en una superficie débilmente pulida,
en un dibujo
—apenas rescatado de cualquier garabato—,
en una punta de flecha
(tallada como nariz, para olfatear
la mejor puntería)
se halla algo del hombre: un proyecto, una idea,
su ademán, su aburrimiento.

El trabajo, esa piel que el hombre se desprende
para proteger a las cosas del frío,
a todas les da un perfil humano:
la obsidiana (un pedazo de agua morena)
de carbón aristócrata, indolente,
se convierte en un hacha, una defensa,
pequeña, personal muralla china.
El hombre labra la fuga de sí mismo
en idolillos de piedra.
Otros minerales son pastoreados
al redil de lo humano: el oro,
como una miel de abeja detenida,
24 kilates amarillos,
se levanta en pulsera y tintineo,
sortijas, vanidades y relojes;
y en los aretes —siempre deslucidos
al lado de la oreja femenina—
nos dicen bellamente los orfebres
dónde tiene sus límites la oreja.
No hay que olvidar tampoco la escultura
en que el hombre se quiebra, se proyecta
dentro del multiforme marco de su cincel.
El hombre se repite en lo inorgánico,
humaniza la piedra, la hace pedestal de sí misma,
la acecha con sigilo,

la pesca entre sus redes,
le enseña a dar los primeros pasos,
la llama por su nombre y ella acude.

III

NATURALEZA ERGUIDA POR EL HOMBRE

En el campo, en la siembra del campo,
no es posible olvidar
multitud de ademanes labriegos
que fueron el cauce, el "por aquí" del hombre
por donde subieron las espigas.
Y desde el puente
—esa admirable y cóncava ocurrencia humana—
se ve correr el agua
sedienta de probar bocas sedientas.

Las flores también han hurtado para sí algo del hombre.
Penetran en mi casa. Es preciso
que la naturaleza viva entre cosas humanas:
mi lecho, los retratos de mis padres, la sábana de lino
que huele a "buenas noches" y a silencio.
Con la flor,
hay una gota de selva en mi recámara.
Cuando despierto, vuelvo el rostro hacia ella
y me gusta saber que he dormido un poco a la intemperie.

En el campo,
tallos que cargan flores,
tallos que se arrepienten de sí mismos en la punta.
La flor, ante las flores sin perfume
de las mariposas,
se siente ser crisálida,
sueña con que el poeta
la arranque de ese suelo
que, ascendiendo en el tallo, la retiene,
y le cambie la cárcel
por el delgado cielo de unas alas.

Hay hombre en cada fruta,
en todas las especies: la sandía,
inagotable manantial

de agua herida;
la uva, pequeño rincón del apetito,
donde el amante del licor descubre
un vino que, pequeño, niño, dulce,
gatea todavía.
El mamey —epidermis de elefante—
va a morir a esa cueva de marfil
que hay en la boca;
la naranja, a la que se exprime
todas las mañanas para robarle
unos cuantos rayos de sol;
la naranja, la manera más esférica
de dar los buenos días;
el zapote prieto, donde el apetito
penetra por un túnel;
la manzana que muere en una boca,
víctima de su traje:
recubierta, como algo que agoniza,
de incitante crepúsculo.
La tuna, que sirvió de blanco
a un insistente rifle de municiones.
El frutero, donde la fruta
se olvida del espacio,
reunida por dos manos campesinas
en una antología de sabores.

IV

LAS BESTIAS, SU REINO

¿Dónde está lo salvaje?
El perro salvaje, se oculta en la perrera
de la mansedumbre.
El gozque es la extremidad del hombre que más gruñe.
Es una parte nuestra que, educada,
muerde, cuando hay extraños,
tan sólo su gruñir inofensivo.
¿Dónde lobos o tigres?
En la jaula de su selva,
aislados por las paredes
de la consciente ausencia de los hombres.
El tigre, la fiesta de las garras,
un disparo de púas en los dedos,

no puede devorarnos:
la ausencia es una cáscara difícil.
El caballo trota a la medida del hombre,
lleva en la rienda
una brújula: carga sobre el cuello
un número infinito de caminos.
El caballo, cuando el hombre lo doma,
lo alimenta con kilómetros,
es una parte nuestra
que el viento nos envidia.
El hombre, al domesticar los animales,
los piensa, los fabrica, los hace hablar un poco
les da la punta al menos
de la lengua del hombre; los llena de pedazos de palabra,
virutas de conciencia;
los canes de los circos
caminan en dos patas,
se yerguen, como títeres, movidos
por el hombre que habita entre los pliegues
de su propio cerebro.
Mientras el cielo llena sus entrañas,
el maullido espinoso de mi gato
viene a depositar su ronroneo
sobre una de mis manos.
El loro, un rincón emplumado de palabras humanas.
La paloma, que nació
en la punta del pincel de Picasso
y hace su palomar entrometido
en la boca de todos los fusiles
para dejar la guerra sin palabras.
El toro, avalancha de cuernos,
desbocada corriente de puñales
que en el mar de una herida desemboca.
Las pulgas amaestradas,
escuela microscópica,
átomos doctorados,
hormiguero invisible de partículas
a un paso de la nada,
traídas con paciencia
también al continente de lo humano.

El hombre esculpe todo:
la piedra, el animal.

En éste alza la furia
que guarda su jardín,
en éste hace nacer
la imagen de lo dócil y lo manso,
le lima los gruñidos,
le poda las mordidas.

V

Y EL HOMBRE

El libro, más que nadie,
tiene al hombre en sus entrañas.
Si tomamos un libro,
si hojeamos el cerebro de un poeta,
el libro de repente es quien nos toma,
nos agarra las manos: somos por él leídos.
Nos cambiamos de alcoba. Vivimos en el libro.
Somos el personaje.
Morimos en la página final.

En todo hay hombre, en todo. Si buscamos
hallaremos que Dios fue modelado
con la arcilla, las uñas y los sueños
de los hombres.
Fantasma inexistente que recorre
el castillo infinito de este mundo.
en Dios están grabadas
las manos de los hombres.
En toda su epidermis, en su orilla,
las huellas digitales,
y en todos sus rincones
un hueso, boca, humo, garganta de nosotros.

En todo hay hombre, en todo.
En las nubes también. Ahí, los ojos.
La ley de gravedad es impotente
cuando hay una mirada que se eleva.

El hombre se introduce
en el cosmos recóndito del mar.
Cita con un aire lejano,
las narices largas de un buzo.

Un hombre que busca.
Un hombre, en fin, que rompe la oscuridad, que enciende
las perlas de las ostras.

El sol ya no es salvaje.
Es un sol al que se conduce con reglas de tránsito,
que ya aprendió a leer,
un sol que sabe prójimo;
el hombre lo revuelve, lo desvía,
le calienta los pies, lo llama suyo,
lo corta en pedacitos,
lo empuja hacia el invierno.
Y el astro, ya conforme,
decide penetrar al molde humano.
Ya el sol es un reloj,
una mañana, un desayuno, un sueño interrumpido,
un abrazo cansado,
es un obrero más hecho a nuestra medida.
El sol mide centímetros humanos.

Las manos, también ellas. Son obra del trabajo,
son obra de su obra, son causa y son efecto:
manos endurecidas ante el yunque,
reflejan, poco a poco. la dureza del martillo.
Dedos encallecidos, recubiertos
por la armadura de su propia carne.
Manos del boxeador
golpeando con metálicos nudillos
las puertas del dolor.
Y existen otras manos.
Las manos del pianista, como arañas
que tejen una tela de sonidos,
se agitan, vuelan, corren
con los dedos cubiertos de corcheas.
Pero también hay manos que se bañan
bajo duchas de seda,
hay dedos indolentes que se acercan
al ademán incierto del molusco.

VI

Y LUEGO, LOS GRILLETES

En las fábricas,
un pueblo se fatiga.
Pequeño planeta de cansancio,
rueda una gota de sudor;
los brazos suben, bajan,
son una maquinaria de epidermis;
la actividad,
soltando la rienda de las venas,
hace fluir la sangre a borbotones.
La fatiga va apretando,
el cansancio se enamora de un lecho futuro,
del cuento de una almohada;
hay un deseo de vasos,
la sed sueña con el umbral redondo
de su desaparición.
Las máquinas. Trabajo acumulado.
En cada tornillo hay hombre,
en cada polea. sangre. Las máquinas
son humanidad apretada, endurecida, tosca.
humanidad que gira y se detiene
a gritar que se calla.
(La máquina devora mis relojes:
mi cita con la mujer amada
se me quedó colgada en un tornillo,
mi beso se me quedó prensado
sin poderlo sacar,
mi fiesta, mis paseos,
en la grasa, los fuelles, en el yunque).
Los hombres son aquí tan sólo cosas,
ganchos, alambres, cifras;
una máquina molesta a la que hay que aceitar,
darle, si acaso, cama y alimentos,
una vieja camisa, pantalones,
pero también patearle sus lecturas,
regatearle un paisaje,
esconderle un crepúsculo.
Este hombre, mercancía,
saco de arena, muelle,
sin andar, sin oír,

sin saborear a una mujer
con el paladar de sus cinco sentidos,
esclavo, tuerca, pozo.
Es un hombre al que se arranca su ser hombre:
el capataz lo mueve a su deseo,
le sube los brazos,
le aceita las axilas para que trabaje mejor,
le coloca tornillos en las piernas,
clavos en el cerebro,
le serrucha una parte inservible.

VII CAMPO

También en los trigales
donde, tras de la siega,
se puede levantar una cosecha
de ademanes fatigados,
se vislumbra al labriego
que unos minutos antes
de trabajar la tierra,
apretaba los surcos en la mano
como un puño de líneas de la vida.

El algodón, la nube de la planta,
nace como queriendo acariciar
al que trabaja.

VIII LAS MINAS

El hombre da su vida
tratando de domesticar, látigo en mano,
a minerales rebeldes. Y bajan los mineros,
alpinistas dramáticos,
a su propia ceguera. Abajo,
un silencio que soporta millares de piedras
y que, de no retenerlas,
llenaría de lóbregos estruendos
la caverna.

En medio del silencio, el corazón del trabajo:
un tic tac que surge
de las herramientas de los mineros:
reloj que va dejando,
en las bolsas de arriba,
horas de reposo, minutos de estulticia,
segundos de vagancia.

Y es frecuente que,
al centro de ese silencio,
de esa patria del algodón y de la muerte,
haya un hilo de polvo,
algo que, sin alarma, se descose:
un poquito de techo en nuestras manos.
Al crujido notorio, se entrecruzan
miradas que despiertan del trabajo.
hombres que no se mueven o se yerguen
y buscan si sus piernas
pueden tomar aún la delantera.
Es un pueblo de asfixia,
donde crecen las flores purulentas
de toses renovadas.
Alguien propone entonces,
de manera estúpida,
dejar de respirar para no tener
que esperar
a dejar de respirar.
Los mineros buscan aún
el único tesoro que vale: una salida;
el oro del aire fresco,
la plata de las manos sedosas de una madre,
el cobre del cabello tranquilo, respirable,
de la niña recién nacida.
En todos los rincones hay un olor de muerte,
un olor de ya no volver a respirar.
Ya las paredes no son la caja fuerte.
Patria de la dureza,
del más allá del aire y de la vida,
la mina es un lugar
donde todo ha pactado con la estatua,
donde el aire, manjar de los pulmones,
es sólo un cuento de fantasmas.

IX

SOTANOS QUE ABATEN SU CASTILLO

Todo un pueblo,
todos han de agitarse,
como un millar de sótanos
que abaten su castillo,
sus almenas, tapices y fantasmas,
como oscuras raíces que se yerguen,
salen a respirar el aire libre,
como pozos erguidos
que tenían nostalgia de la nube.
Salir de la prisión,
sellar en las mazmorras el pasado,
arrojar los grilletes al museo,
salir a la sonrisa, al aire puro.
Salir, siempre salir. Las rejas ya no existen,
los muros se desmayan.
¿Quién podrá detenernos?
Salir a ser hermanos,
corderos —que no lobos— de otros hombres,
salir a despedirnos,
a dejar a la bestia llagada de gruñidos,
salir hacia lo *nuestro*,
la palabra que mezcla
lo mío con lo tuyo de tal modo
que en mis ojos, mis labios, mi tintero
te encuentras siempre tú,
y en mi alma, tu teléfono, tu olvido
me encuentro siempre yo.